

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¿Qué hago?



Vivo en el desgarramiento. No vayan a pensar que estoy hablando de algún músculo más o menos íntimo. Mi desgarramiento es moral.

Como es sabido, la Navidad y yo no tenemos nada que ver. Por lo menos, eso quisiera yo. Los santacloeses salen hasta de las cañerías y cada uno de ellos me trae como regalo jamás solicitado, algún reproche del tipo de "lo que pasa es que eres un amargado y por eso odias la Navidad", "te encanta hacerte el interesante, por eso montas todo tu numerito de Scrooge". A todo este tipo de comentarios bajos y malintencionados, no vacilo en responder que todo eso es falso, que desde mi más tierna infancia odio estos días con todas mis vísceras y con todas mis fuerzas. Toda esta melchosa ternura que produce diciembre junto con la sensación de que, en el fondo, somos buenos me parecen cursilerías de temporada que nos pueden inducir a hacer tonterías mayúsculas como comprar un regalo fastuoso para la tía Leonela que no merece más cosa que nuestro odio más acendrado por su conducta sistemáticamente maligna y contraria a nuestra idea de la vida. Vieja mula.

El desgarramiento del que hablaba al principio se da precisamente porque todo mi ser detesta a la Navidad y a su legión de chi-

llones purulentos, pero ya comprendí que nunca voy a poder contra éstos, que Perisur siempre será más poderoso que mi voz y que ya me doy de santos con que a mi me dejen en paz. Ni esto he podido lograr. Vaya a donde vaya, ahí me encuentro a la torva caterva de los hijos de santacloés que caen sobre mi armados de reproches y acusándome de disolvente, de enemigo de nuestras mejores tradiciones (ya me imagino al Rey Acanapichtli poniendo su árbol de Navidad), de vocero del odio a la infancia (esto sí es cierto, los niños están conduciendo al mundo a una catástrofe y además huelen a sebo) y de individuo pernicioso y enemigo de la sociedad. Esto último no es cierto; yo no me quiero meter con nadie y lo único que pido es que dejen de fregarme porque ni siquiera he puesto el nacimiento, ni el árbol, ni los foquitos, ni la corona de adviento, ni el trineo, ni el reno alcohólico, ni al idiota barrigón de Santacloés, ni los hermosos cuernos de reno en el coche, ni todas las sonseras que se estilan por estas épocas. Me niego tajantemente a hacerlo, pero creo que esto no tiene que convertirme necesariamente en un enemigo de la paz mundial. Para muchos amigos y parientes eso es lo que soy y todo por el grave delito de no querer juntarme con ellos a envolver regalos mientras oímos villancicos con el grupo Los Pedroches. Lo único que yo rescato de todo esto es que diciembre es el mes en el que comparecen amigos muy queridos que no veo en el resto del año, como es el caso de mis amigos "Los Osos", o de mi amiga Ti-

nina que es un amor para los tiempos del cólera que se ha mantenido como imposible a lo largo de cuarenta años. Salvo por esto, todo es pesadumbre en la Navidad.

En medio de esta tiniebla, una luz se abre paso: el bacalao preparado con la celestial e incomparable receta debibabá. La gran Aurora que me conoció en mi primera juventud y que hoy es la única y legítima heredera del recetario debibabá tuvo la deferencia de aceptar mi pedido extraordinario de cerca de media tonelada de bacalao pristino y legítimo que acá su Charro Negro irá degustando a lo largo de estos difíciles días que pueden tornarse suntuosos y sensuales gracias a una torta de bacalao. Para que vean, esto sí puede moverme al júbilo y al agradecimiento. Todo está bien si al final de tus tristezas te espera una torta no de ese bacalao actual que no es más que tiburón desfileado y puesto a navegar en algún infame aceite; sino del inenarrable e insuperable bacalao que preparaba bibabacita.

¿QUÉ TAL DURMIÓ?

MCDL (1450)

ARTURO MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna con cuernos de reno, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

